

ricos negreros estas disposiciones? Probablemente mal, cosa que nos hace sospechar que más que el episodio de "El Aguila", bandido a quien todo el mundo deseaba ver sepultado, debieron contribuir a la protesta estas magníficas disposiciones en pugna con la rutina de la isla. Los influyentes encontraron al fin un motivo y, como siempre es bueno escudarse en la caridad, los amos de esclavos, los que aplaudieron el "Código Negro", recogieron los despojos de un bandolero, los enarbolaron por bandera y consiguieron sacar a Prim de la isla.

Al general le quedaba de su corta estancia en América una experiencia y, particularmente, un conocimiento preciso y exacto de la cuestión "colonial"; con ese nombre, la cuestión había de seguir preocupando a los gobiernos, y no sólo a los del reinado de Isabel II, sino a los de la República, Alfonso XII y, especialmente, a los que obtuvieron la confianza de la reina regente, María Cristina, durante la menor edad del último rey de España, Alfonso XIII, época de liquidación total y ruinoso de lo que había sido la América Española.

EL REGRESO

La dictadura de Narváez se ha afianzado en España. El pueblo sigue callado y tan sólo a través de la espada de los militares se trasluce alguna vez la protesta: los generales Alaix, Concha, Ros de Olano y Córdova intentan una sublevación en Madrid cuando Narváez, con el pretexto de la revolución que en Francia ha costado la corona a Luis Felipe, obtiene autorización para suspender las ya escuálidas garantías constitucionales. La revuelta es dominada con facilidad y los pocos paisanos hechos prisioneros con las armas en la mano son arcabuceados, sin proceso alguno, en una oscura calle madrileña.

Dos meses después hay otro intento en el que los elementos civiles, ya escarmentados, observan tan sólo. Los militares fracasan nuevamente y esta vez el arzobispo de Toledo concede licencia especial para poder fusilar el mismo día (la intentona se había producido en domingo) a unos cuantos prisioneros que por amor a la libertad, como decían, se habían lanzado a la aventura. ¿Qué altas personalidades estaban complicadas en el intento? Se sabe de Olózaga y de Salamanca, pero se sospecha también, y hay bastantes fundamentos para ello, de Bulwer, el embajador inglés ante la corte de Isabel II. Narváez, muy fuerte por lo visto, tiene un gesto insólito: entrega los pasaporte a Bulwer. El guante, claro está, es recogido por el primer ministro de la reina Victoria de Inglaterra, Palmerston, quien da los suyos al representante de España. Se han roto las relaciones diplomáticas entre los dos

países. Desde este momento el gobierno liberal inglés no dejará de intrigar contra Isabel y trabajará, al mismo tiempo, para impedir a cualquier precio la subida al trono de Luisa Fernanda y, por lo tanto, de un rey consorte francés, el duque de Montpensier. Inglaterra no se ha sacado todavía la espina de esta boda ni la del fracaso que tuvo con la candidatura del príncipe Leopoldo de Coburgo para esposo de la reina.

Isabel II es muy imprudente; su trono parece tambalearse y su capacidad para la sucesión es muy improbable. La razón de estos temores no está en Francisco de Asís, que ya se ha resignado a ser consorte, incluso en el lecho conyugal, sino en la complexión física de la reina "demasiado gruesa —confiesa su propia hija en las memorias—, según la escasa ciencia de los médicos de la época"¹, para tener hijos. En esta creencia estaba también la propia hermana de Isabel, la infante Luisa Fernanda, que se veía ya reina de España y se consideraba defraudada —hemos de reconocer que sin ninguna razón— a causa de no haber alcanzado el trono de San Fernando. Al decir de su sobrina, su casamiento con Montpensier obedeció a la íntima convicción de que su hermana no tendría hijos². Afirmación un poco rara y probablemente fantástica, pues al contraer matrimonio Luisa Fernanda era todavía una niña incapaz de cálculo político alguno.

Si Narváez tuvo la valentía de entregar el pasaporte a Bulwer, ¿cuál no sería su proceder frente a los españoles en pugna con el despotismo? De esta época son las deportaciones y los encierros; los presidios de Africa, de América y de las Filipinas se llenan de simples sospechosos; no hay seguridad para nadie: el que es simpatizante de los liberales está perdido porque no encontrará ni el más leve ampa-

¹ y ² "Memorias de Doña Eulalia de Borbón". Ob. cit., pág. 15.

ro, ni nadie que preste oídos a su protesta ni tome en consideración los testimonios de defensa.

Así, por la pendiente del terror, se había afianzado la dictadura que Narváez había impuesto a España después de haber solicitado la ayuda de tantos sectores para acabar con la de Espartero. A veces se recurre también al asesinato y es el mismo Prim quien desde la tribuna del Congreso, y evocando la represión, denuncia: "Allí —en Cataluña— no ha habido seguridad para nadie. Los hombres han sido arrebatados de sus familias para ser a las pocas horas degollados. Sí, degollados, bajo el miserable pretexto de que habían querido huir... Esto es asesinarlos. Y sepa el Congreso que no ha sido uno, dos ni diez, sino que son ciento cuarenta y tres los asesinados de esta manera..." Cuando no se encuentra al padre es detenido y deportado un familiar; cuando una madre acoge al hijo perseguido se le abre causa, se le secuestran sus bienes y se pudre en prisión. Hay que imponer silencio a toda costa, porque por estos días de 1848 se ha producido un acontecimiento al cual se da gran importancia aunque de hecho no preocupa mucho a Narváez, pero que él sabe aprovechar para justificar el rigor: los carlistas han vuelto a la lucha y el "Tigre del Maestrazgo", el temible Cabrera, ya está en Cataluña con sus partidas, secundado por los guerrilleros, que no se avienen al reposo.

Los carlistas rebeldes piensan sin duda que los liberales, tan despiadadamente perseguidos entonces y desengañados al fin, no darán apoyo al gobierno de la reina y que si no han de luchar con ellos mantendrán una actitud de complacencia indiferente. Pero ni esto sucede porque España está, más que cansada, agotada; ha habido demasiados engaños y ha corrido demasiada sangre para volver a empezar. Los antiguos carlistas están ya con Narváez —¡qué más podían esperar!—, y los liberales, desterrados o presos. ¿No era aquello, en definitiva, el

absolutismo de Fernando VII? Ciertamente que hay un Congreso, pero no funciona y el que actuará en seguida (1850), pasará a la historia por el favoritismo descarado con que se impuso la elección de sus miembros. El nombre es ya de por sí elocuente: "Congreso de familia".

El desengaño de los liberales había sido tan profundo, la decepción tan enorme, que el mismo Prim, ante los acontecimientos políticos de España, en presencia del régimen de terror imperante, después de haber visitado por primera vez, al cabo de once años, pueblos y campos de Cataluña, en donde se había luchado; al recorrer los cementerios en que yacían tantos mártires del trono de Isabel II, preguntaba al gobierno escudándose, claro está, en su invulnerabilidad parlamentaria: "¿Y para qué tanto sacrificio? ¿Para qué tanta víctima inmolada?".

Esta segunda guerra carlista tuvo por escenario casi exclusivo a Cataluña, en donde ya desde 1846 se agitaban unas veces en Lérida, otras en Tarragona y otras en Gerona, los cabecillas Galcerán, Tristany, Mossén Benet. Guerra de los *matiners*¹, expresión feliz, porque no había de tardar en producirse formalmente la segunda intentona, patrocinada por el propio conde de Montemolín, Carlos Luis de Borbón y de Braganza, hijo primogénito del infante don Carlos, hermano de Fernando VII.

Esta segunda agitación no había de producir trastorno serio al gobierno de Narváez, que contaba no sólo con el arma del soborno, sino con los antiguos carlistas incorporados ya al nuevo despotismo. El general montemolinista Joaquín Julián de Alzáa moría fusilado por el antiguo carlista Urbiztondo, entonces capitán general de las Vascongadas, mientras en Navarra otro antiguo militar a las órdenes del pretendiente cuando la guerra de los siete años, Ortigosa, derrotaba a sus viejos compañeros

¹ Palabra catalana equivalente a madrugadores.

de armas, Zubiri, Ripalda e Ilzarbe. En Navarra, en Aragón, en las Vascongadas, el movimiento desfallecía antes de nacer, pero en Cataluña estaba, desde junio de 1848, "El Tigre del Maestrazgo", el temible Cabrera, con unos diez mil hombres (1849). Sin embargo el "Tigre", en los siete años de paz que pasó en Inglaterra, plácido refugio, había ido perdiendo poco a poco sus uñas; ya no hablaba de guerra a muerte, ni de destrucciones e incendios; sus palabras tenían un tono raro, incomprensible para los que, fanáticos impenitentes, habían persistido en su odio, alimentándolo cada día con el recuerdo de sus muertos y con la intolerable presencia de los vencedores isabelinos. "Nadie prejuzgue mis acciones antes de conocerlas —escribía, temeroso de la impresión que había de producir su sola presencia—; sin duda que serán conformes a la política justa, conciliadora y admirable que la previsión de S. M. ha adoptado. Por ellas desaparecen todos los partidos; no existen sino españoles; los odios quedan extinguidos y una dichosa reconciliación dictada en completo olvido de los desmanes de la lucha pasada, nos promete la era de paz y ventura por que suspira la desolada España. Ninguno abandone sus hogares, ni se desvíe de sus tareas ordinarias; en sus casas todos serán respetados; toda reclamación será justa y prontamente atendida y juzgada..." No podía darse una confesión más explícita de su antigua crueldad. ¿Estas garantías de 1848 no constituían por sí mismas todo un reconocimiento de su arbitrariedad durante la primera guerra carlista? Sin embargo, no nos engañemos, como tampoco se dejaron engañar los catalanes de entonces; por mucho que Inglaterra le hubiese enseñado, a pesar de las meditaciones propias del exilio, Cabrera no dejará de mostrar de vez en cuando su temperamento cruel, como, por ejemplo, en el caso del barón de Abella, mediador en la lucha, hecho prisionero por Tristany y fusilado por orden suya.

Salió todo tan mal en esta pequeña contienda, que el propio Carlos VI, que intentaba penetrar en Cataluña, fué descubierto y detenido por aduaneros franceses. Se le envió a Inglaterra, país que en aquel momento, rotas las relaciones con Isabel, hubiera visto con gusto el triunfo de Montemolín si hubiese aceptado —cosa imposible— cuando menos la Constitución de 1837. ¿Se debieron a esto los propósitos de moderación de Cabrera? Sea como fuere, todo resultó inútil. Los antiguos carlistas ni pensar que pudieran levantarse con otro programa que no fuera el del absolutismo neto, y aunque esta vez esgrimieron el pretexto de que María Cristina había maniobrado para entregar la corona de España a un francés (el duque de Montpensier), aspecto éste muy bien visto por Inglaterra, y aunque lanzaron también alguna proclama claramente destinada a captarse la simpatía de los liberales perseguidos —por ejemplo la de Tristany, que contenía las extrañas palabras de “Viva la Constitución y Carlos VI. Unión y olvido de lo pasado. Fuera los franceses y marchemos unidos todos los españoles”—, el pueblo, cansado, creyó, con sobrada razón, que el olvido había de consistir precisamente en olvidar al nuevo pretendiente que nadie conocía, aunque nacido en el palacio real de Madrid.

El 14 de mayo de 1848 Cataluña quedaba completamente pacificada y Cabrera volvía a tomar el camino del exilio. La aventura había terminado en el ridículo, un ridículo que años más tarde habrá de aumentar el pretendiente, el llamado Carlos VI, con un proyecto de matrimonio romántico y descabellado. Todo ello sucederá en 1860, después que el capitán general de las islas Baleares, Jaime Ortega, se subleva en favor del conde de Montemolín, episodio raro, misterioso e indescifrable como muchos de la historia política de la España del siglo XIX. Se ha dicho vagamente que hubo complicidad de la propia Isabel II, aseveración descabellada, y de

José Salamanca, de María Cristina y de Fernando Muñoz, éstas más probables. Lo cierto es que el pretendiente desembarcó en Palma (29 de marzo) y, con un total de cinco vapores y dos veleros, llegó a las costas de la península el día 2 de abril. Las tropas no siguieron a Ortega más allá de San Carlos de la Rápida al conocer o sospechar sus intenciones. Preso en Calanda, fué fusilado en Tortosa el 21 de abril. El pretendiente y su hermano, el infante don Fernando, ocultos cerca de Ulldecona, fueron descubiertos y remitidos a Tortosa. Allí Carlos Luis de Borbón y de Braganza redactó un documento por el que renunciaba a sus pretendidos derechos al trono de España (23 de abril). Concedida una amnistía, los príncipes marcharon a Francia en donde al pretendiente le faltó tiempo para declarar nula su renuncia de Tortosa. Todo esto alcanzaba ya un tono cómico muy subido, pero faltaba aún el remate grotesco, amoroso, de un romanticismo almibarado y ramplón. La escogida del pretendiente fué una señorita inglesa por la cual volvió a renunciar al trono, esta vez en favor de su hermano Fernando. Escándalos, reprimendas y desengaños fueron el desenlace de la aventura: el escándalo cundió entre sus partidarios, las reprimendas vinieron de su padre, retirado en Trieste, y el desengaño ¡ay! de la propia amada a quien no interesaba para nada el señor conde de Montemolín y de Molina —título este último adoptado cuando la abdicación de su padre—, sino el posible rey de España. La destinada a secar las lágrimas de este amor grotesco será la propia hermana de María Cristina, prima hermana del pretendiente. ¡Qué intrincado y absurdo este pleito borbónico español!

Narváez podía estar tranquilo; no se tambaleaba, por este lado, el trono de Isabel; el carlismo había pasado de ser un problema a convertirse en una simple perturbación. El verdadero escollo estaba en palacio y en el extraño personaje del rey consorte Francisco de

Asís, entregado en cuerpo y alma a su confesor el Padre Fulgencio y a la misteriosa y popular Sor Patrocinio, la "Monja de las Llagas". Por esto un día, sin más ni más, se encontró Narváez sin la presidencia del Consejo, de la que se hizo cargo el general conde de Cleonard. En su gobierno entraron destacados absolutistas como el feroz general Balboa, de los tiempos de la represión fernandina, y Zea Bermúdez, de la época del "despotismo ilustrado". Narváez no perdió un minuto: se presentó en palacio, entró en la sala del consejo y en tono zumbón dijo al que presidía a los reunidos:

—Puede V. E. retirarse y descansar de sus fatigas.

La intriga no había prosperado. Se amenazó al rey Francisco con la reclusión, y se trasladó a Sor Patrocinio a Badajoz y al Padre Fulgencio a Archidona. Narváez dejó de ser primer ministro por veintisiete horas y al gobierno del general conde de Cleonard se le llamará por aquellos días, entre risas y mofas, "el ministerio relámpago" y, como en España gusta la agudeza, con este nombre pasará a la historia del reinado de Isabel II.

Hay, pues, en aquellos años, tragedias dolorosas como las que sufren los liberales, aventuras guerreras como las que intentan los carlistas, e intrigas palatinas como las de Sor Patrocinio, el Padre Fulgencio y Francisco de Asís. Esta última resulta en apariencia el problema más sencillo y es en realidad el más complicado y difícil, porque hay en él una cuestión delicadísima e íntimamente ligada a la sucesión de la corona española: los amores de Isabel.

Queda claro que la reina, como su madre, no se casó por amor. Esto que resulta más que usual entre las testas coronadas, ofrece en el caso de Isabel una complicación ya no tan frecuente: su marido, Francisco de Asís, no sólo no comparte el lecho de su esposa, sino que se adivina en él una cierta repulsión hacia su prima y hacia

el sexo femenino en general. No se le conocen aventuras y su esparcimiento con las mujeres parece concretado a las largas pláticas que sostiene con Sor Patrocinio, pláticas que más de un malicioso habrá de deformar con interpretaciones equívocas. El rey Francisco necesita de consejos porque ¿cómo llevar con dignidad su papel de marido vejado? Quizás su confesor, el Padre Fulgencio, le ayuda a soportar ciertos ultrajes que tienen, en cambio, la compensación de poder maniobrar un poco en la política, ambición ésta de primer rango entre las ilusiones del rey consorte. La reina —ya la conocemos bastante—, ligera y despreocupada, en un ambiente de mentiras, de entusiasmos fingidos, de política corrupta, ha ido perdiendo el recato.

Con el general Serrano —su primer amante que se sepa— comenzaba su indiscreción: lo recibía en palacio, le hacía señas en el teatro, se veía con él como cualquier burguesa acomodada en reservados de un restaurante establecido en la capital de España con todas las ventajas y alicientes de la clandestinidad, traídas de París por un tal Lhardy, buen observador de la inmoralidad española cubierta con mantillas de pudor y con aspavientos hipócritas. Y cuando el "general bonito" sea alejado de la corte, unos cuantos kilómetros tan sólo, la reina Isabel acudirá hasta su retiro y los veremos paseando por los jardines de Aranjuez, recortando sus figuras sobre el verde del paisaje; en total, una linda estampa romántica, muy de la época.

Pero el amor tiene sus complicaciones y el rey Francisco se aprovecha de ellas para intrigar y manejar un poco el tinglado político de España: apenas casado con Isabel, cuando desde su retiro de El Pardo escucha receloso las invitaciones para que regrese al lado de la reina, pone al fin un plazo de cinco meses, plazo que no ha de cumplir pero que encubre su sospecha de que la reina

está encinta. Primer forcejeo y primera victoria del rey: Serrano es destinado a cubrirse de gloria en las Chafarinas.

Por aquellos días (1848), no sólo preocupa la sucesión de la corona, sino una extraña enfermedad de la reina que hace desvanecer las pocas esperanzas que ya se tenían sobre su capacidad para ser madre. De todas maneras la dolencia no pasa de incidente, ya que Isabel se consuela de Serrano con el cantante Mirall, para sustituirlo luego con su profesor de música, Valldemosa, quien a su vez es reemplazado en el frívolo corazón real por un italiano que da paso, después de unos meses, al arrogante y pendenciero marqués de Bedmar. El joven noble no sólo alcanza los favores de la reina, sino que piensa en derribar a Narváez. La reacción del presidente es enérgica y decisiva: si bien ha tolerado los desvíos de Isabel, no está dispuesto ahora a que sus amantes se metan en política y ordena el confinamiento de Bedmar. Pasa algún tiempo e Isabel aparece alegre y confiada. Incluso observan en ella los palatinos una tranquilidad extraña, impropia de su temperamento amoroso. ¿Es que han entrado en su magín los consejos de Sor Patrocinio o las reflexiones de su madre? No; es que el marqués de Bedmar ha cruzado España disfrazado y hace tiempo que reside en el propio palacio real, en la habitación secreta de que ya se ha hablado antes. Narváez dimite, la reina madre llora, Isabel protesta, Sor Patrocinio se asusta y el rey Francisco sonrío. He aquí una nueva oportunidad: desde aquel momento es intendente de palacio y va a encargarse personalmente de la administración de los bienes de la corona. Así, siempre aprovechándose de las debilidades de su esposa, va subiendo su influencia en la corte y, cuando ya se cree lo suficiente fuerte, impone el ministerio del conde de Cleonard, que si no entrega de nuevo a España a un absolutismo de tipo fernandino, es porque no se ha contado con la presencia de Narváez,

el general que por algo lleva el sobrenombre de "El Espadón de Loja".

El "ministerio relámpago" acaba, de momento, con la intriga del rey Francisco, que si ha convencido a su esposa de substituir a Narváez por el conde de Cleonard, es porque ella probablemente sospecha que está encinta. En efecto, el incidente se produce el 19 de octubre de 1849 y, cuatro meses más tarde, Narváez anuncia a las Cortes que la reina ha entrado en el quinto mes de su embarazo ¿De qué armas se ha valido el rey para amedrentar a Isabel? No sería improbable que amenazara con negar la paternidad al futuro infante. El niño, bautizado con el nombre de Fernando (12 de julio de 1850), vivirá tan sólo unas horas.

En este ambiente de corrupción se desarrolla la vida política española mientras el pueblo se distrae con las obras románticas de sus poetas preferidos y va curándose, poco a poco, de las heridas de la contienda civil.

Los liberales prudentes, como Prim, observan, callan y aparentan indiferencia, pero a la primera ocasión que se presenta van a la lucha con el mismo ánimo de siempre. Narváez, a pesar de las arbitrariedades que comete, mantiene el Parlamento y esto brinda constantemente la oportunidad deseada.

Para Prim esta oportunidad es amarga, ya que en las elecciones de 1850, aunque sale elegido, ha necesitado luchar contra una presión oficial que sobrepasa, con mucho, las simples triquiñuelas políticas habituales. En el distrito de Vich ha de vencer la oposición del mismo obispo, entregado en cuerpo y alma al candidato gubernamental. Los elegidos por la oposición son tan escasos y tan raros los afortunados que logran conseguir en una lucha desigual el acta de diputado, que el pueblo habrá de calificarlos con el nombre, ya de por sí elocuente, de "consentidos".

Alejados del Congreso Olózaga, Cortina, La Serna, Escosura y tantos otros, Prim es la voz del liberalismo y sus palabras, sus discursos, equivalen siempre a un alerta, a un aviso al gobierno que se cree omnipotente. Denuncia, acusa, amenaza; su actitud recuerda la de sus tiempos heroicos, pues hay que reconocer —y basta revisar el *Diario de Sesiones* de las Cortes para darse cuenta de ello— que hace gala de una valentía poco usual, al extremo de que sus mismos partidarios temen por él. Los procedimientos del gobierno —también los conocemos— justifican este temor. Pero Prim sale airoso de su crítica y mantiene la esperanza de los vejados; sus discursos, con testimonios muy concretos de los atropellos del gobierno, son concisos y aunque hay en alguno de ellos —mal de la época— cierta grandilocuencia en determinados pasajes, no dejan de impresionar por su claridad. Es entonces cuando empezamos a conocer a Prim; es en aquellos días, cuando él trueca la espada por el estudio y entra en el Congreso vestido de paisano, olvidado de sus gestas guerreras, cuando España comienza a prestar atención verdadera hacia esta figura liberal que acusa a Narváez, y lo acosa con citas, documentos y verdades que resultan muy amargas para “El Espadón de Loja”. Prim reconoce que contribuyó a la caída de Espartero, que su espada estuvo al servicio de la revolución que permitió a Narváez el monopolio del poder, pero afirma y reafirma que, si hubiera sabido a donde habían de ir a caer tantos entusiasmos, se hubiese mantenido tranquilo en su puesto. ¿Se ha justificado ante Cataluña? Esta era sin duda su intención, pero a los catalanes les cuesta mucho, y les costará todavía algún tiempo, olvidar que los principios de la revolución de 1843 fueron burlados y que Prim les arrastró a una aventura de consecuencias más que amargas.

No obstante, Narváez está herido de muerte, no por los discursos de Prim, que en algo contribuyen a quebrantar su prestigio, sino, como siempre, por las intrigas de palacio. Esta vez no es el rey Francisco, sino la reina madre la que no se cansa de pedir a Isabel que prescinda de Narváez. ¿Motivos? Entre sus pretensiones hay una verdaderamente desmedida y a la que Narváez se ha opuesto con energía; consiste, nada menos, en conceder a sus hijos, a los que ha tenido con Muñoz, los privilegios inherentes a los infantes de España. María Cristina amenaza a su hija —usa ya de los mismos procedimientos, que su yerno— con marcharse a París, e Isabel, impresionante siempre, substituye a Narváez por Juan Bravo Murillo.

En esta ocasión el que respira más a sus anchas no es el pueblo, siempre fatigado y no con muchas esperanzas, sino el propio Narváez, que ansía ya un poco de descanso y lo va a buscar en el bullicioso París que conoció con los encantos de la conspiración y de las mujeres.

Estamos en enero de 1851, fecha importante porque es la primera vez, después de diez años, que la Presidencia del Consejo se ofrece a un hombre civil; claro está que ha de contar con los militares, pero el acontecimiento representa por sí solo un respiro, que se prolongará además casi dos años. El antiguo seminarista Bravo Murillo gobernará con los mismos procedimientos de Narváez y el pueblo no experimentará ningún alivio. Aunque su gestión administrativa merecerá elogios, en el aspecto político acentuará todavía más las medidas que en contra de la libertad habían impuesto los moderados.

Volvemos a encontrar a Prim en el Congreso; su palabra vibra de emoción y en ella hay un canto apologético para Cataluña, la Cataluña que después de más de cien años de reposo va a despertar nuevamente. Quizás no se han estudiado suficientemente los discursos de Prim